

## La lámpara de la Abuela Rigoberta

### 1994. Fresnillo de las Dueñas

La mujer fuerte y energética que había sido mi madre durante toda su vida había desaparecido y aquella Rigoberta tan querida por amigos y familiares se había convertido en una anciana desvalida con mirada perdida que dependía en todo momento de mis cuidados.

—Cariño, la lámpara que está en el salón ha permanecido en nuestra familia durante generaciones ya que en su interior guarda un secreto que debes conocer. Encuentra el compartimento que está escondido en uno de los brazos de hierro y cuando llegue tu hora, compártelo con tus hijos.

Ésas fueron sus últimas palabras.

### 2012. Burgos.

—Mario. Mamá ha muerto.

Hacía 5 años que no hablaba con su hermano mayor Antonio. Desde el día del funeral de su padre no se habían vuelto a ver y la buena relación que mantuvieron de niños se rompió por completo cuando Mario confesó su homosexualidad. Esta decisión de anunciar a la familia que su pareja era otro hombre marcó un antes y un después en todos los acontecimientos que posteriormente sucedieron.

Hasta ese momento, los Hernández era una familia unida que todos los domingos se reunía en la casa de los padres. El hijo mayor Antonio siempre acudía acompañado de su mujer, Manuela; el mediano, Alberto, el eterno enamorado, iba con su "osita", una joven llamada Rosa de sonrisa permanente, y el hijo pequeño, Mario, de carácter introvertido y más reservado que sus hermanos se presentaba a la cita dominical acompañado únicamente de un periódico que compraba a primera hora de la mañana. El domingo era sagrado para los Hernández puesto que era una tradición sentarse alrededor de la mesa redonda de roble macizo, cada uno acomodado en su sitio bajo la luz de la imponente lámpara de infinitas lágrimas de cristal que tintineaban cada vez que entraba una brizna de aire al salón. Toda la familia estaba prendada de aquella maravillosa lámpara herencia de la abuela Rigoberta que iluminaba cada uno de aquellos felices momentos.

Cerca de la puerta se sentaba el padre, Don Alfonso, un "señor de la cabeza a los pies" como solía decir su mujer, Matilda, que cada domingo se colocaba al lado de su marido para presumir de la fantástica familia que habían formado. Cada Hernández tenía su lugar en aquella mesa y aunque no pusiera el nombre de cada uno de ellos en las sillas, todos sabían dónde debían situarse durante aquellas veladas. Cada miembro de la familia Hernández tenía su rol y si no querían romper la armoniosa vida de todos ellos, no debían salirse del papel que tenían marcado. Durante estas reuniones familiares Mario permanecía apartado de la conversación, sin apenas mediar palabra con nadie y siempre con un semblante serio dando una de sensación de preocupación continua. Sin lugar a dudas, era la nota discordante de aquella

aparente idílica familia de postal que un frío domingo de invierno cambió por completo. Mario habló y dejó a todos con la boca abierta sin saber qué decir ni qué responder. El hermano pequeño había reunido fuerzas durante los últimos años para hacer frente a su conservadora familia y contarles el secreto que llevaba cargando desde hacía mucho, mucho tiempo.

—Familia, tengo que decirles una cosa. Soy homosexual y vivo con mi pareja, un hombre estupendo que me respeta y me quiere tal como soy.

Pasados unos minutos de incómodo y frío silencio, el padre se levantó de su silla y dijo las siguientes palabras.

—Ninguno de mis hijos puede ser maricón. Si eso es lo que tú quieres, no vuelvas a esta casa.

Y así comenzó la hecatombe de los Hernández. Desde aquel fatídico domingo la familia se fue separando y las comidas dominicales no volvieron a ser lo que antaño fueron.

Un par de años después del anuncio de Mario, Don Alfonso cayó gravemente enfermo: le detectaron cáncer de pulmón y a lo largo de cinco meses estuvo luchando contra viento y marea para superarlo. Durante todo este tiempo, Matilda se mantuvo a su lado y Antonio, el mayor, se hizo cargo de la situación mientras Alberto el mediano se desentendía y Mario continuaba alejado de todo y de todos. Don Alfonso, luchador por naturaleza y testarudo como buen Hernández tuvo que dar por perdida la batalla y finalmente murió agarrado de la mano de su mujer. El enfado de Antonio por el pasotismo que habían mostrado sus hermanos ante la enfermedad de su padre desencadenó que desde el día del funeral no volvieran a verse nunca más.

Tras la muerte del padre la situación familiar no mejoró puesto que Matilda continuaba sintiendo la presión de su difunto marido y quiso respetar su opinión sobre la tendencia sexual de Mario. Le dolía profundamente la ruptura familiar pero el recuerdo de Don Alfonso y los años vividos juntos a él bajo su influencia le impedían cambiar la situación y todo continuó igual hasta hoy.

Su madre había fallecido y debían reunirse para leer el testamento juntos.

“Queridos hijos míos. Si estáis leyendo esto es porque ya no estoy con vosotros. Aunque hace mucho tiempo que ya no somos una verdadera familia y eso ha hecho que mis últimos años de vida hayan sido tristes y grises. Cada noche recordaba lo felices que éramos en aquellas comidas familiares y cómo de un día para otro, todo cambió. Ahora estoy con papá y os toca a vosotros volver a reunirlos; organizad una comida como las que hacíamos antes y recordad aquellos tiempos en los que todos sonreíamos y nos queríamos sin reproches ni malas caras. En este sobre tenéis la llave del armario de los licores. Allí encontraréis un whisky que guardó papá para tomar en alguna ocasión especial. Juntaros y brindad por aquellos momentos que ahora vosotros podéis recuperar. Cuidaros como buenos hermanos.”

—¿Ya está? ¿No pone nada más? —dijo Alberto.

—Creo que deberíamos cumplir la última voluntad de mamá y por una vez comportarnos como adultos. ¿No creéis? —pronunció Antonio solemnemente.

Al siguiente domingo, Antonio acompañado de Manuela, Alberto con Rosa, y Mario sin compañía, fueron a la casa familiar con la intención de cumplir el deseo de su madre. Prepararon pato a la naranja y con todo listo, se sentaron a la mesa colocándose cada uno en el sitio que antiguamente solían ocupar.

¡¡PUMMM!!

Miradas fijas y ojos abiertos como platos. El silencio reina en un momento que entremezcla el temor, la sorpresa y la tranquilidad de saber que podía haber sucedido una desgracia, pero que afortunadamente sólo había sido eso: un susto con forma de lámpara de araña de la abuela Rigoberta. Todos se quedan callados hasta que Mario rompe el silencio.

—¿Qué es eso?—dijo señalando un pequeño estuche que había salido de uno de los brazos de la hasta ahora majestuosa lámpara.

Antonio tomó el estuche entre sus manos y lo abrió. En el interior había una pequeña hoja con palabras manuscritas: era la letra de su madre, no había duda.

Comenzó a leerla.

*“Mi madre, la abuela Rigoberta para vosotros, me contó en su lecho de muerte que esta lámpara contenía un recoveco donde se guardaban algunos tesoros familiares que se traspasaban de generación en generación. Tras su muerte, quise conocer los misterios de la familia; destapé el escondrijo y leí en el papel que se refugiaba en el interior del escondite la siguiente frase: “El mayor tesoro de una familia es que permanezca unida”. Este mensaje lo he conservado fresco en la memoria toda mi vida y necesitaba que vosotros también lo supierais. Perdonadme que no haya intentado la reconciliación en vida, pero el recuerdo de vuestro padre me impedía arreglar la situación. El legado que os dejo es esta casa y el mensaje de la familia: Permaneced unidos, hijos míos. La casa está a nombre de los tres y tiene una cláusula que impide que la podáis vender. Reuniros cada domingo aquí y recomponed aquello que se rompió hace años. Volved a ser los Hernández, aquella familia que vivía feliz y que se reunía cada semana para contarse sus alegrías y penas y por favor, arreglad la lámpara para que siga iluminando vuestros encuentros familiares. Os quiere, mamá.”*

Durante unos minutos permanecieron en un sepulcral silencio, sin poder articular palabra. Su madre se las había ingeniado para crear un sistema de pesos con las sillas donde solían colocarse de forma que cuando todos estuvieran sentados, la lámpara cayera y destapara el escondite con el estuche. A saber el tiempo que estuvo la mujer preparando el plan y mortificándose con la culpabilidad de saber que ella misma podía haber reunido a la familia desde la muerte del padre, pero que debido a la memoria e influjo que seguía teniendo en ella su difunto marido no pudo hacer nada.

Tras este reencuentro familiar, los años de separación entre los tres hermanos quedaron atrás y poco a poco consiguieron recuperar la buena relación familiar. La lámpara de la abuela Rigoberta fue testigo del anuncio de la boda de Mario con Raúl, la adopción de la niña de Alberto y Rosa, el 25 aniversario de Antonio y Manuela... pero bueno, eso ya son otras historias que deberán esperar para ser contadas. Lo importante es que permanecieron unidos bajo la luz de la gran lámpara de araña.